

ANA LETICIA RODRÍGUEZ

LA DICHA SUBLIME

EL GOZO HOLÍSTICO DEL PLACER SAGRADO



ANA LETICIA RODRÍGUEZ

LA DICHA SUBLIME

EL GOZO HOLÍSTICO DEL PLACER SAGRADO



305.42

R696a Rodríguez Araya, Ana Leticia

La dicha sublime : el gozo holístico del placer
sagrado / Ana Leticia Rodríguez Araya. -1. ed.-
Costa Rica : Edit. UCR, 2011.
xxvii, 182 p.

ISBN 978-9968-46-289-1

1. MUJERES – ASPECTOS SOCIALES. I. Título.

CIP/2284

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica
Primera edición: 2011

Corrección filológica: *Rebeca Ramírez*. • Revisión de pruebas: *Euclides Hernández*.
Diseño y diagramación: *Ruth Cordero y Alejandra Ruiz* • Diseño de portada: *Boris Valverde*
y *Wendy Aguilar*. Control de calidad: *Alejandra Ruiz* • Fotografía de portada: *Nicole Riquelme*.
Fotógrafos: *Juan Carlos Fallas y Jorge González*.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Contenido

Alborada	xi
Introducción	xxv
PARTE PRIMERA	
Hubo una vez una dicha sublime	1
Capítulo I	
Tránsito sensorial a la sociedad solidaria de la armonía y común unión: la cultura de la diosa-madre primigenia.	3
Quiero abrir puertas para ir a jugar y a reencontrar los fundamentos olvidados del amor y de lo humano.	3
Un modo sagrado de averiguación.	8
El tao (camino) de la diosa.	9
¿Qué es esto de los principios yin y yan?	14
Una sociedad solidaria y armoniosa.	16

Capítulo II	
La experiencia original de nuestra humana sexualidad. . . .	19
Espiritualidad y sexualidad:	
“Nosotros somos esto”	19
Yin y yan en nuestra ontogenia	20
El sendero de la dicha sublime: camino de ascensión de nuestra energía vital	23
¿Qué es el tantra y dónde se originó?.	30
Hubo una vez una dicha sublime.	40
La vivencia de la dicha sublime en la sociedad cretense minoica.	54
¿Similitudes entre Santa María Virgen, Madre de Jesús, y el arte neolítico de la diosa-madre?. . . .	58
PARTE SEGUNDA	
Una larga noche sin luna	61
Capítulo III	
De diosas a esclavas.	63
El inicio de una larga noche sin luna	63
Una invaluable y desconocida pérdida	66
Capítulo IV	
Esclavas cautivas entre la culpa y el miedo	77
Reconociendo el poder de las estructuras de dominación	77
Los cautiverios de las mujeres	82
Cautivas entre culpas y miedos: “las monjas”.	84

PARTE TERCERA

El retorno de la dicha sublime	89
--	----

Capítulo V

Soy María Magdalena, profetisa	91
--	----

Y preñada de luz blanca, tendrá parto nuevo en tierra nueva	91
--	----

Soy María Magdalena	93
-------------------------------	----

Denuncio y anuncio	96
------------------------------	----

Me reencuentro y profetizo	99
--------------------------------------	----

Capítulo VI

El gozo holístico del placer sagrado	101
--	-----

Iniciando rupturas en nuestros cautiverios	101
--	-----

Un salto cuántico: La vida consagrada que queremos	108
---	-----

Caos como totalidad en la vida consagrada que queremos	112
---	-----

Afectividad, subjetividad compartida y espiritualidad cósmica	118
--	-----

Una economía comunitaria donde quepamos todas	121
--	-----

Capítulo VII

Germinando sexualidad y afectividad gozosas	125
---	-----

Un naciente retorno invoca reaprehender la vida . . .	125
---	-----

Aprendizaje y vida	127
------------------------------	-----

Corporeidad viva, necesidades y deseos: reaprendencia de la sexualidad y la afectividad en la vida consagrada	134
---	-----

Capítulo VIII	
“Como siendo somos, siendo seremos”	139
Entretejiendo aprendizajes de vida	139
Liderazgo creativo con rostro de mujer consagrada. . . .	149
Transmutando el puente que conecta la salud con la vida y la vida con la salud	154
El reto del mundo digital en nuestra vida consagrada	157
Epílogo	167
Referencias	169
Acerca de la autora	177



Primer parte

Hubo una vez
una dicha sublime

Tránsito sensorial a la sociedad solidaria de la armonía y común unión: la cultura de la diosa-madre primigenia

Quiero abrir puertas para ir a jugar y a reencontrar
los fundamentos olvidados del amor y de lo humano



Hubo una vez en que disfruté una dicha muy sublime y aunque fue un breve tiempo lineal, como tiempo fractal y atemporal fue intenso. En ese entonces, la dicha que menciono tuvo que ver con el intento de vivir mi vida como mujer consagrada y –al contrario de lo que muchos y muchas puedan creer– ha sido este de verdad, el mejor de mis tiempos de vida.

En agradecimiento espiritual a lo vivido, esta obra busca reabrir una puerta. Una, que sea muy ancha y hermosa, parecida a un vientre materno del cual emerja vida para la vida por vivir...una puerta que con solo mirarla, invite a las mujeres consagradas que en el mundo han sido y serán, a traspasarla de la manera más juguetona, traviesa y libre posible, para adentrarse en un sendero sublime que se inicia tras ella.

Hoy sé que la vida –mi vida– solo se puede comprender mirando hacia atrás, pero para vivirla gozosamente, camino hacia adelante disfrutando los nuevos retos, las nuevas dichas y sabores. Es esta una misión espiritual en mi presente eterno: contribuir

para que las mujeres consagradas de ayer, de hoy y de siempre, recuperen el verdadero sentido de lo humano, propiciando rupturas en las murallas físicas y cognitivas, afectivas y espirituales que las separan del camino abierto del amor.

Ciertamente, en el tiempo de kairós, tiempo vivo del don y de la gracia, existen muchas mujeres (alrededor de cinco millones de ellas actualmente en nuestra Tierra) que dedican su existencia terrenal a una vida de consagración –con toda conciencia, con poca o sin ella– y con la mejor de sus intenciones, optan por vivenciar en castidad su sexualidad, su sensualidad y sus afectividades personales. Sin embargo, desde hace aproximadamente cinco mil años, se encuentran cautivas en celdas que desconocen.

Sí, igualmente que yo y que todas las mujeres del tiempo de kronos, tiempo real y presente, ellas han nacido y crecido en el seno de una cultura patriarcal que condiciona y reprime nuestra bendita corporeidad sexuada, mutila nuestros auténticos derechos al placer y a la complacencia, intrínsecamente vinculados a la intencionalidad, a la dinámica operante de los seres vivos hacia su autopreservación, autocrecimiento y bienestar holístico, individual y socialmente cooperativo.

Una cultura que genera especialmente para mujeres de vida consagrada, culpa sexual, temor y sufrimiento y que en nombre de “la espiritualidad” ha utilizado el sexo para mantener rangos de dominación. Una cultura al fin –y solo para resumir a grueso trazo– en que la existencia femenina en general, se desarrolla en el cumplimiento del ser femenino para los otros y como entes cautivos de-los-otros.

De allí que la gran mayoría –sino todas– de las mujeres consagradas que menciono, sobreviven en ese cautiverio de invisibles celdas con rígidos barrotes. Cautiverio derivado del arquetipo de “la virgen” y definido por Lagarde (1997) como “el cautiverio monjil”, que mucho más adelante, desmenuzaré finamente.

Mientras tanto, quiero empezar por abrir muchas puertas a las mujeres consagradas, puertas para ir a jugar y a danzar, a cantar, reír, ejercitar, amar... en fin, a reencontrar la dicha sublime que hubo una vez en el amor y el juego, lo más humano de la sociedad solidaria y armoniosa que existió en la prehistoria, cuyos fundamentos permanecen hoy día sumidos en el olvido para cualquier ser humano o humana, porque...

el entrelazamiento de la sexualidad, la sensualidad y la ternura, existe solo en el entrelazamiento del amor y el juego. En ausencia del entrelazamiento de la ternura, la sensualidad y la sexualidad con el juego en el vivir cotidiano, las interrelaciones pasan a ser instrumentalizadas por las religiones, por las doctrinas políticas, por las filosofías económicas y por la racionalidad que justifica el vivir patriarcal en la generación de una convivencia que da origen a distinciones de género que surgen desde la autoridad, el deseo de control, la exigencia de obediencia y el abuso (Maturana, 1993: 159).

¿Cómo es esto que planteo de entrelazar sexualidad, sensualidad y ternura mediante igual entretejido de estas con el amor y el juego cotidiano como alternativa real para que “las monjas” recuperen los fundamentos olvidados, rechazados, reprimidos, de lo más humano: el amor?

Inicio por hacer paráfrasis –e inventario de hechos específicos– de lo que maestros y maestras como Humberto Maturana y Gerda Verden-Zöllner (1993) han afirmado reiteradamente como resultado de sus investigaciones cualitativas en el campo de la neurobiología:

- La cultura patriarcal desvaloriza las emociones a favor de la razón y la racionalidad, conduciéndonos a la incapacidad

de ver como nuestras emociones, nuestra fisiología e incluso nuestra anatomía, se entrelazan como un hecho normal y espontáneo de nuestra ontogenia o historia de vida individual, desde la concepción hasta la muerte.

- Esta misma ceguera hace que no podamos visualizar que **biológicamente**, el amor es la emoción mediante la cual el otro o la otra, son aceptados como él o ella, son en el presente, sin mayores expectativas. Todos y todas necesitamos experimentar una vida en amor tal y como somos, en inocencia; es decir, sin expectativas de lo que daremos o no a cambio, sin un propósito ulterior como consecuencia de que nos amen. Así amamos cuando somos niños y niñas, construyendo en este proceso la conciencia de que existimos tanto individual como socialmente.

¿Y qué tiene que ver esto de la biología del amor y de la inocencia, con el juego?

Sin que importe la edad cronológica, cuando jugamos auténticamente somos inocentes. Sí, porque cualquier actividad humana hecha en el momento en que es vivida, con la atención total en ella, no en el resultado, y sin tener ninguna otra intención que su ejecución, es juego y está hecha en inocencia.

Dejamos de jugar cuando perdemos la inocencia y perdemos la inocencia cuando dejamos de atender a lo que hacemos (Maturana, 1993: 145).

Ahora bien, cuando jugamos con toda nuestra atención en el juego, crece la conciencia operacional de nuestra corporeidad. En tal dinámica de juego, nuestros cuerpos se encuentran en una total aceptación mutua al acercarse, al tocarse, al escucharse en ese presente único del juego, creando una dinámica de interacciones de confianza y respeto mutuos y

totales. En otras palabras, es mediante **la confianza no competitiva** de nuestro propio ser, aquella que logramos construir cuando fuimos niñas, como resultado de vivenciar la confianza y aceptación total de nuestra madre y de nuestro padre durante episodios de juego; como alcanzamos la dimensión de **la confianza no competitiva y la aceptación del otro y de la otra**, en la convivencia social de nuestra vida de adultas. Mediante el juego aprendemos a convivir en la confianza, la seguridad, el respeto, la ternura y a disfrutar en la inocencia del gozo de nuestra sensualidad.

En resumen, los seres humanos adquirimos nuestra conciencia individual y social mediante la conciencia y empoderamiento de nuestra corporeidad, adquirida a su vez de las oportunidades de libre juego que tuvimos con nuestro padre y nuestra madre en la infancia más temprana.

¿Ah, sí? –me dicen ustedes– ¿Y qué pasa si no tuvimos esas oportunidades en nuestra propia historia de vida? ¿Y qué si ni siquiera tuvimos padre o madre? (como sé que es la realidad de muchas mujeres consagradas)...

Entre muchas otras cosas que buscan la resignificación de la vivencia de la sexualidad y la afectividad para ustedes...
¡De esto trata esta obra, Hermanas!

Esta es una de las primeras invitaciones que les hago: si ya perdimos –porque soy una más entre ustedes– la capacidad de jugar al haber dejado atrás la inocencia –entendida como la plantea el maestro Maturana– ... *¿quién dice que no tenemos la alternativa de readquirir esa capacidad?*

¿Quién dice que no podemos reutilizar el tiempo gozosamente libre de los espacios de recreo en la vida comunitaria? ¿Se dan cuenta de la importancia que tiene el juego para su salud emocional –afectiva individual y comunitaria–?

**¡Vamos, Hermanas, juguemos!,
¡vamos, abramos puertas para ir a jugar!**

Un modo sagrado de averiguación

Les propongo un primer juego:

“¡Ábrete puerta, que te pregunto!”

Sí, las preguntas abren puertas, energizan. Las preguntas hechas en el silencio curioso e intuitivo de la ancestral sabiduría femenina, inician rupturas. Las preguntas educan para la incertidumbre y propician la solución creativa de conflictos. Por eso, mi primera invitación es que nos preguntemos:

¿Cómo era la vida de las mujeres antes de los cinco mil quinientos años de existencia que tiene el patriarcado? ¿Y más allá aún, cuando al no haber escritura hablamos de prehistoria? ¿Cómo fue esa cultura, la sociedad y su contexto? ¿Había mujeres consagradas? ¿Cómo eran, qué hacían, cómo vivían, qué costumbres y ritos tenían? ¿Hacían oración? ¿A quién? ¿Cómo vestían? ¿Las valoraban, “les hacían caso”? ¿Reprimían ellas su sexualidad y autocastigaban su corporeidad? ¿Cómo era la vivencia de la sexualidad humana en su cultura? ¿Qué sabían sobre el amor y el juego?

¡Qué infinidad más de preguntas pedagógicas y pedagogía hecha preguntas podríamos hacernos!

Quiero compartirles un modo sagrado para averiguar estas inquietudes y curiosidades que parten de nuestras propias vidas y experiencia. Un modo de averiguación que también conduce a que juntas forjemos las llaves que abrirán muchas cerraduras de puertas para ir a jugar... ¡Ah!.. pero *¿sabían?* para abrir puertas, además de preguntarse hay que moverse. Para moverse hay que transitar. Para transitar –dice la maestra Mónica Cosachov (2000)– hay que usar el camino de nuestros poderosos sentidos, ya que hemos sido construidas –y construidos– con capacidad plurisensorial.

Tránsito sensorial

Con esta maestra que les menciono aprendí a transitar sensorialmente, yendo más allá de lo que ven mis ojos cuando leo y moviéndome “**con las alas de la imaginación**” (Greene, 2005) atravesé prestamente muchos puentes que tendieron frente a mí exquisitas lecturas que me hablaron sobre una tierra de realidad no circunscrita, la de la diosa-madre primigenia, donde encontré muchas más preguntas sobre las mujeres, las mujeres consagradas, la sexualidad, la afectividad y el placer sagrado, preguntas que me abrieron la puerta a una realidad en la que la oración compartida mediante rituales sagrados fue una de las principales expresiones de una religión hecha vida y una vida de religión ...*¡Ah! ¿Les interesa, verdad?*

¡Entonces vengan! Hay que moverse en este territorio agudizando nuestros sentidos, haciendo de ello una experiencia plurisensorial. Yo descubrí que transitar de esta manera es un modo de averiguación sagrado porque alimentó mi deseo de saber, sensándolo (de *sensus*, sentir) para inscribirlo luego como aprendizajes experienciales.

El tao (camino) de la diosa

Al iniciar mi tránsito hacia esa tierra llamada de la gran diosa, la primera sensación que poderosamente me embargó, fue la vinculación con la sabiduría, el tao presente en el interior de cada mujer que concede el don de la transformación y la energía restauradora del poder femenino.

¿De dónde y por qué vino a mí esta sensación?

Bueno, sería porque lo primero que visualicé en mi tránsito fue una estatuilla pequeña, hecha en piedra, de anchas caderas, pechos grandes y hermosos que sugieren amamantamiento, que está embarazada y que no tiene rasgos faciales.

Me encontraba contemplando detalladamente la estatuilla, cuando en un recodo del camino apareció la maestra Rianne Eisler (1990) quien abrió un significativo conversatorio conmigo, iniciando por decir que esta estatuilla, conservada por más de veinte mil años y muchas otras similares han sido encontradas en cuevas-santuarios, desenterradas en excavaciones que abarcan una extensa área geográfica –desde los Balcanes de Europa oriental hasta el Lago Baikal en Liberia, bajando por el oeste hasta Willendorf cerca de Viena y la Grotte du Pappe en Francia–.

Desde el sagrado modo de averiguación que practico, me pregunté: *¿Qué significarán estas esculturas? ¿Sobre qué hablan en silencio y sin escritura? ¿Será que en esa vasta extensión territorial que menciona la maestra Eisler existió una sociedad, una cultura diferente a la patriarcal?*

Una prehistoria que habla de la gran diosa y su hijo.

André Leroi-Gourhan –dijo la maestra Eisler (1990: 6)– afirma que estas esculturas, *per se*, hablan de como la historia de la humanidad antes de esos cinco mil quinientos años de patriarcado de los que hablábamos párrafos atrás, no es una historia centrada en la competencia, la lucha o la agresión, sino en la solidaridad. En esta sociedad, si hubo competencia y lucha, ambas se dieron como episodios del convivir de una sociedad y de una cultura centrada en el arraigo hacia la vida y con la vida, plena de tradiciones sagradas, rituales y mitos asociados a los poderes de lo femenino, con el dar y el mantener la vida.

Otra sabia mujer, muy reconocida por la maestra Eisler, la arqueóloga Marija Gimbutas (1982: 37) se unió al trío que ya constituíamos para abrirnos muchas puertas más.

Ella afirma que los hallazgos de estas estatuillas femeninas y otros registros arqueológicos del neolítico, apuntan hacia una religión ginocéntrica o basada en el culto a “la gran diosa y su hijo”. El tema de la unidad de todas las cosas en la naturaleza,

personificado en la diosa en sus diversas encarnaciones como doncella, antecesora o creadora, señora de las aguas, de las aves y del mundo subterráneo o simplemente la madre divina acunando a su hijo divino entre sus brazos; es el poder supremo que en el paleolítico y en el neolítico rige el universo y da vida a su pueblo, le proporciona alimento material y espiritual y, hasta en la muerte, rescata a sus hijos e hijas y los devuelve a su vientre cósmico.

Al igual que las pinturas hechas en murales, las cuevas-santuarios y los cementerios; estas estatuillas femeninas de los pueblos del período paleolítico, son testigas del temor y respeto que sentían nuestros ancestros por los misterios de la vida y de la muerte.

La religión de la gran diosa se presenta así como el rasgo más sobresaliente e importante asociado a la vida en la sociedad, que constituye la cuna de la humanidad.

Pero... *¿Hubo en realidad “una religión de la diosa”?*

El culto a la diosa.

De acuerdo con lo que me relató Gimbutas (1982: 21) en la localidad anatólica de Catal Huyuk (Asia), la adoración de la diosa parece impregnar todos los aspectos de la vida. Llama mucho la atención para nuestro tema que aquí, de 139 salas excavadas entre 1961 y 1963, más de 40 parecen haber sido lugares destinados a la oración. Numerosos santuarios, no solo en los palacios sino también en las casas privadas, donde se hallaron toda clase de rincones sagrados con hornos y altares –especie de bancas, dice Gimbutas– y lugares para ofrendas, sugieren que:

Donde quiera que se mire, los pilares y los símbolos recuerdan la presencia de la gran diosa (Eisler, 1990: 26).

A este respecto, –anotan Eisler y Gimbutas–, historiadores de religiones tan respetados como Edwin Oliver James (1957) afirman que podemos hablar de la fe en la diosa de esta humanidad naciente, en el mismo sentido que hablamos de la fe en Dios como una entidad trascendental.

Visualizando detalladamente, en mi tránsito sensorial, los altares con sus lugares de oración por doquier en templos y palacios, los diferentes rincones sagrados en las casas y los estilos de vida que tenían los pueblos que adoraban a la diosa, concuerdo profundamente con los hallazgos de la arqueología emergente en que, para los pueblos que adoraron a la diosa, la religión era su vida y la vida su religión, no hubo separación entre lo secular y lo sagrado. **¡Qué hermoso y profundo!** *¿No les parece?* Las invito Hermanas a hacer su propia reflexión... *¿Cuántas de nosotras crecimos en una cultura en la cual lo secular no estuviera separado de lo sagrado? ¿Cuántas de nosotras vinimos a los conventos buscando lo sagrado porque no lo había afuera de él? ¿Qué hubiera pasado si en nuestros hogares y familias hubiéramos contado con “rincones sagrados” en cada pequeña esquina, lugares para ofrendarnos unos con unas y hornos donde se asaba un pan ácimo para compartir en nuestras oraciones cotidianas?...*

Entre todas las puertas que se abrieron con el modo sagrado de averiguación, una que me resultó particularmente interesante es la que detrás de ella me dejó conocer que no fue sino hasta en los albores del siglo XX, que se adicionaron las miradas femeninas (principalmente las de Marija Gimbutas) a las miradas masculinas de las excavaciones.

Este significativo hecho condujo a discriminar que en el pasado, los estudiosos se referían habitualmente a la adoración de la diosa no como una religión, sino solamente como “un culto a la fertilidad” y a la diosa como una “madre tierra”. Si bien es cierto que la fecundidad de las mujeres y de la tierra era y sigue siendo un requisito para la supervivencia de la especie humana, esta caracterización es demasiado simplista.

La religión neolítica –si así la podemos llamar– expresó la cosmovisión de su época: el arraigo con la vida y por la vida, la justicia, la solidaridad y la equidad, una profunda espiritualidad hecha comunión en el amor a la naturaleza y expresada en el compartir el sagrado pan de cada día, unidos y unidas alrededor de sus altares y hornos.

¿No encuentran ustedes gran similitud entre estos principios y valores y el camino, la verdad y la vida que Jesús trajo a la humanidad cuatro o cinco mil años después?

En cuanto a la diosa encinta del neolítico, con su vientre plétórico, llama poderosamente la atención que tiene **su mano izquierda** (el yin, principio femenino de nutrición, amor, ternura, sensibilidad, maternidad, expresividad, dulzura, sabiduría) delicadamente colocada sobre su vientre, mientras que con **su mano derecha** levantada (el yan principio masculino de fuerza, poder, encuentro, seguridad, autonomía) sostiene un cuerno de toro.

Resulta que en Catal Huyuk se ha excavado en casas y santuarios y se han encontrado imágenes femeninas con cuernos de toro que a veces forman hileras o altares para la diosa. Aquí, el toro y sus cuernos, lejos de la asociación de nuestros tiempos con el demonio, no es sino el símbolo del principio masculino o yan, pero que, como todo lo demás, surge de una generosa (y muy destacada) matriz divina.

En otras palabras, mientras **el principio femenino o yin**, como símbolo primordial del milagro de la vida impregnó el arte e ideología del neolítico, el principio masculino también desempeñó un rol paralelo. La fusión de ambos principios a través de los mitos y rituales del sagrado matrimonio del cielo y la tierra, denominado hierogamia (fusión de *hieros* y *gamos* para Grecia y Roma, yin y yan de la sabiduría china, proveniente del Tíbet y a la vez del tantra primigenio de la India), aún se celebraba en la antigüedad en los tiempos patriarcales.

Es decir, en el culto a la diosa y en la sociedad prepatriarcal, hubo una clara comprensión de los roles de hombre y mujer en forma conjunta, como igualmente significativos. Por ejemplo, la asociación del principio femenino con las aguas primordiales de donde surgió la vida (el océano) es un tema frecuente en la religión neolítica. La gran diosa a veces en forma de ave o de serpiente, gobierna la fuerza vivificante del agua. Tanto en Europa como en Anatolia, los motivos que traen la lluvia y proveen leche están entrelazados y los vasos (cálices), copas o recipientes para el agua, son un símbolo permanente en sus santuarios. Al cáliz femenino o fuente de la vida se le atribuía así el máximo valor por sus poderes generadores, nutrientes y creadores de la naturaleza.

Mientras tanto, **el hieros o yan, principio masculino**, frecuentemente representado por un toro joven, simbolizaba la fuerza y el poder de la naturaleza, pero no como una mitad de la humanidad sobre la otra, como en nuestros días. Como enfatiza la maestra Eisler (1990: 31-32):

El hecho de que las mujeres desempeñaran un papel preponderante y vigoroso en la vida y la religión prehistóricas no significa que los hombres fueran vistos y tratados como inferiores. Los hombres y las mujeres eran hijos de la diosa. Era una sociedad solidaria en que ninguna de las mitades de la humanidad estaba sobre la otra.

¿Qué es esto de los principios yín y yan?

Fue igualmente sorprendente para mí conocer que Levi-Straus citado por Maturana (1990), señala que en el **I Ching o Libro de las Transformaciones**, la más antigua sabiduría china, en el cual se encuentran las simientes del primitivo pensamiento holístico; se describe una época en que se honraba y acataba ante todo, la sabiduría de **la madre**, señalada

como la esencia última de la realidad: el tao, el camino, cuya principal característica es la naturaleza cíclica del movimiento continuo.

La estructura de este concepto se define mediante **el simbolismo del yin y el yan**. Dos puntos extremos que limitan los ciclos de transformación. Al llegar a su punto culminante, el yan retrocede a favor del yin, al llegar a su punto culminante, el yin se retira a favor del yan.

El propio maestro Humberto Maturana (1996: xxxi) plantea que, en general, en la cultura prepatriarcal, el pensamiento holístico primitivo estuvo asociado a la conservación de la armonía con la naturaleza y no en su control o dominación.

En lo que se refiere a la dimensión del mundo físico y entorno natural, este holismo prepatriarcal incluye también el mismo concepto del tao: la fluctuación constante de la transformación y del cambio, aspecto esencial del universo: caos y orden a un mismo tiempo, el movimiento caórdico.

Estos dos extremos no pertenecen a categorías diferentes sino que son los extremos de una unidad que lo abarca todo. No hay nada que sea solo yin o solo yan (Capra, 1982: 38).

Creo en este principio de la vida en el cosmos. Gracias a mis procesos de vida pude reconocerlo y **sentirlo** inscrito unitariamente en mi corporeidad biológica, en la expresión de mi energía, de mi espíritu y de mi alma: mi yin y mi yan, continuamente pasando por caos y orden, en la caórdica permanente que es mi vida y la de todas las personas de esta humanidad.

¡Qué importante resultará en una nueva visualización de la vida para las mujeres (consagradas, solteras, casadas) la integración en su construcción identitaria de su yin y su yan

como unidad indivisa y no fragmentada como actualmente la asigna el patriarcado!

Sí, una dimensión sexual humana de madurez psicoafectiva que incluya ambos principios y se exprese no solamente en su autonomía y empoderamiento personales, sino también en la cotidianidad de su vida comunitaria, en su capacidad para amar con fuerza, autoafirmación y ternura a la vez.

Bien, es hora de continuar nuestro tránsito sensorial hacia el interior de la sociedad y la cultura de los pueblos seguidores de la gran diosa.

Desde la pedagogía de la pregunta nos habíamos planteado en el silencio, algunas interrogantes. Retomarlas nos lleva a vivenciar junto al maestro Edgar Morin (1998: 43) que lo inesperado nos sorprende cuando no perdemos las oportunidades vitales de acoger lo nuevo, **“que brota siempre sin cesar y que nunca podemos predecir como se presentará...”** Por eso, nuestras preguntas sin respuestas inculcadas nos conducirán a nuevos e insospechados aprendizajes: *¿Cómo fue esa cultura, la sociedad y su contexto? ¿Cómo eran hombres y mujeres? ¿Cómo se comportaban, qué hacían y de qué vivían, qué costumbres y ritos tenían?*

Una sociedad solidaria y armoniosa

Todos y cada uno de los mensajes provenientes de este camino o tao de la diosa, me condujeron a los pueblos que constituyeron la sociedad prepatriarcal, entre el 7000 y el 3500 a.C., aproximadamente.

Una vez allí, lo primero que miré fueron pueblos agricultores con muchos y pequeños poblados que no tienen fortificaciones, no hay señales de guerra, los lugares de culto y de ritos sagrados albergan principalmente figuras femeninas en posiciones de oración o de ofrenda.

De primera entrada también llama la atención que en los cementerios no hay diferencias entre las tumbas de hombres y mujeres, como tampoco signos que permitan hablar de diferencias jerárquicas entre hombres y mujeres, hombres y hombres o entre mujeres y mujeres.

Es decir, fue una cultura notablemente igualitaria, en la que pude observar que aun cuando la descendencia se trazaba a través de la madre y las mujeres en calidad de sacerdotisas y jefas de clan, quienes parecen haber desempeñado un liderazgo destacado en todos los aspectos de la vida; no hay mayores evidencias de que en este sistema social la posición de los hombres hubiera sido en algún sentido comparable con la subordinación y la supresión de las mujeres de nuestro actual sistema patriarcal.

Vi así un mundo de convivencia centrado en lo estético y en la armonía con el mundo animal y vegetal: no se luchaba contra la naturaleza, sino que se vivía con ella.

En los próximos capítulos conoceremos mucho más sobre esta sociedad armoniosa y solidaria del neolítico y, también, sobre la cosmovisión de una cultura única y especial: la de la Creta minoica.

Para efectuar un primer descanso, detengo momentáneamente aquí la descripción de mi tránsito sensorial por la tierra de la diosa-madre primigenia, por la visión de la equidad de género de la humanidad naciente, la solidaridad, la armonía y común unión de sus habitantes con la naturaleza y entre ellos y ellas. Así tendremos espacio interior para su degustación.

Las invito a leer conjuntamente, en toda esta evidencia arqueológica descrita por las sabias congéneres con quienes hemos compartido, Rianne Eisler y Marija Gimbutas, una escritura sagrada que transmite de manera vívida a través de esculturas, pinturas, palacios, orfebrería, vasijas y cálices, un

claro mensaje concerniente a una realidad espiritual profunda que me conecta con el testimonio anónimo de la siguiente leyenda tántrica del siglo VI a.C., con la cual silenciosa pero intensamente, degustamos lo aprendido hasta aquí.

*En el principio,
el Ser era el que era
en la forma de una persona.
Mirando en torno suyo,
no vio más que a sí mismo
y dijo:
"yo soy esto".
Viendo que era tan grande
como una pareja
estrechamente abrazada,
dibujó su ser como uno en dos,
y surgieron la mujer y el hombre.
Entonces dijo:
"Nosotros somos esto".*

Acerca de la autora



na Leticia Rodríguez es doctora en educación, con especialidad en mediación pedagógica, posgrado obtenido con honores en la Universidad De La Salle, Costa Rica.

Licenciada en Enfermería, especialista en el área de Salud Mental y Máster en terapia sistémica de familia; realizó pasantías clínicas en el Mental Research Institute en Palo Alto, California y en el Centro Minuchin para la familia, en Nueva York.

Obtuvo un diplomado en Sexología con énfasis en formación sexual integral en el Instituto Holístico Gaia en Costa Rica. Realizó estudios de posgrado en el Institute for Advanced Study of Human Sexuality en San Francisco, California.

Ejerció como enfermera y terapeuta sistémica de familia durante doce años en el Colegio Nuestra Señora del Pilar, Escazú, Costa Rica.

Ha participado en el ámbito nacional e internacional como consejera y consultora privada en sexualidad humana, sobrevivencia de violencia sexual y salud mental.

Desde el año 1978 se desempeña como docente en la Escuela de Enfermería de la Universidad de Costa Rica, donde actualmente es profesora catedrática.

De su larga experiencia profesional en el acompañamiento terapéutico a mujeres de vida consagrada, así como desde las vivencias biopedagógicas realizadas con y para ellas por la resignificación de su sexualidad y su afectividad, surge esta publicación dedicada con especial respeto y admiración a las Marías Magdalenas de ayer, de hoy y de siempre.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Por la resignificación de la sexualidad y la afectividad de las mujeres consagradas

En la parte primera de la obra, partiendo del conocimiento de la sociedad armoniosa y solidaria, cuna de la humanidad en el período neolítico de la prehistoria, se pone en evidencia la existencia de mujeres consagradas y sacerdotisas, quienes tenían “una religión hecha vida y una vida hecha religión” (Eisler, 1990).

La característica sobresaliente de esta primera humanidad y en particular de las melisas, mujeres consagradas en la Creta minoica, fue la práctica constante de la sexualidad sagrada o tantra blanco, denominado por la autora como “dicha sublime”, por sus connotaciones de espiritualidad mística y cósmica.

En la parte segunda se relata cómo a la humanidad le fue arrebatada esta dicha sublime: el cáliz dador y protector de la vida, fue derribado por la espada de la cultura patriarcal, sumiendo en una larga noche sin luna no solamente a las mujeres consagradas, sino a las y los seres humanos en general.

En la tercera y última parte, se propone el retorno de la dicha sublime para las mujeres consagradas, “quienes se apropian de la obra”, expresándose su lideresa, María Magdalena de ayer, de hoy y de siempre, así como sus hermanas espirituales, desde el pensamiento complejo, la teoría del caos y en general, desde los principios y valores del paradigma emergente de la ciencia y la cultura, respecto a la vivencia de la sexualidad y la afectividad gratificantes, en “la vida consagrada que queremos”.

